

Editorial

Cumplimos un nuevo eslabón, remontamos una nueva adversidad, pero transitamos una nueva senda con la edición de este sexto número que nos permite seguir abriendo el nuevo camino que nos conduzca al logro de la meta prefijada. La Revista se ha venido superando y constituye medio referencial para todos nuestros lectores, que esperan con avidez la publicación de un nuevo número por la participación muy granada por cierto, de quienes en forma desinteresada colaboran con el envío de sus trabajos altamente calificados.

La Biblioteca Aquiles Nazoa y por ende, el Núcleo Universitario Rafael Rangel, deben en conjunción hermanada solicitar a las instancias con poder de decisión económica, los recursos que nos permitan cumplir la misión que nos ha sido encomendada, ya que a nosotros mismos nos compete la responsabilidad de orientar los recursos suficientes para responder cabalmente a la alta misión, y así satisfacer las aspiraciones de todos aquellos que acuden a nuestra casa de estudio a saciar su necesidad de aprender y prepararse para cumplir el rol que cada quien deba desarrollar, pero previsto de las herramientas necesarias para ajustarse a las nuevas formas que impone la vida moderna.

Todos en perfecta comunión, debemos crear las condiciones necesarias para que nuestros sistemas de educación superior puedan absorber y difundir los conocimientos científicos y los procedimientos técnicos de otros países más avanzados y con una plataforma tecnológica superior, es una actividad que no podemos relegar a terceros, sino que debemos asumir nosotros mismos con plena conciencia y con entera libertad, cumpliendo el rol que nos asigna nuestra propia Constitución Bolivariana.

En este sentido los universitarios debemos asumir el desafío que plantea la nueva sociedad, debemos entender a plenitud nuestra misión. Nadie busca su propia verdad.

Quiero hacer énfasis en éste aspecto con cada uno de los estudiantes del NURR, especialmente los que están a punto de culminar su carrera, y pedirles que al culminar su tránsito por esta casa que les cobijó durante cinco (5) años o más y no caigan en el error de quienes los han precedido, en el sentido de que el que egresa de la Universidad se divorcia inmediatamente de su compromiso moral, para inmersarse en su propia suerte, sin mostrar interés alguno por la suerte de los demás, que en vastísima proporción es menor que la suya. En el transcurso universitario se indaga y se opina, se busca ciertamente el conocimiento; pero al irse de la Universidad se deja de ser universitario, porque ya no interesan los problemas sociales, ni la deficiencia de cultura en la población, ni el estancamiento del Estado, ni las carencias asistenciales, ni el problema fundamental del ser humano, y así no se puede ser universitario, por cuanto ni siquiera se es hombre. La Universidad exige un hombre multiplicador; la cultura misma es una exigencia de participación colectiva preocupada por los problemas que dan o quitan destinos a los pueblos. La cultura sembrada por la Universidad en sus hijos, tiene que darse por medio de la participación, y una Universidad democrática tiene que enseñar a sus miembros la siempre nueva y conveniente idea

de la participación, que sobre todo en este tiempo crítico, sea un grito de guerra para despertar otra conciencia social más propicia al hombre, por la satisfacción de sus necesidades de sobrevivencia.

Quienes egresan pronto y quienes aún demoran en salir de sus aulas a emprender nuevos caminos, disímiles por cierto, deben llevarse grabado en sus corazones el auténtico concepto de la Universidad para el mejor ejercicio social de la Universidad. Nunca sean universitarios con un sentido accesorio, sino que sean universitarios esenciales, que no es otra cosa que convertirse en agentes del cambio social, en participantes de todo un proceso de transformación que tiene que operarse en estos pueblos, para no seguir siendo entidades abstractas y limitadas, entregadas a su propio destino, sino concreciones políticas con visión y praxis de su propio destino.

A todos los estudiantes de esta casa que lleva el gran nombre del científico Trujillano como lo fue Rafael Rangel, les pido por una parte que nunca dejen de pertenecer a una Institución como la nuestra, aún en proceso de formación, con problemas y dificultades y con el asedio de intereses cruzados, y por la otra parte, que se adentren en la lucha social, no sólo para la aportación de ideas sino para la hechura de obras que abran cauces al mejoramiento integral de las nuevas generaciones.

Cada uno de ustedes, que se constituyan en profesionales formados en nuestra casa de estudio tiene que ser forzosamente, un componente activo de este proceso social que viene exigiendo un nuevo país, y en concreto, una nueva subregión en los que como diría Walt Whitman "podamos plasmar la imagen de nosotros mismos."

Es bueno trabajar con las manos, que es lo que hemos venido haciendo, pero a esta forma de trabajo debemos sumarle lo hecho con el espíritu. Es fundamental para que haya unidad social, y por ende, desarrollo, parodiar a Vico cuando afirma que el hombre debe usar "la impronta de sus manos y de su psique".

Los alumnos de la Universidad de Trujillo deben ser dignos herederos de la gloria científica y humanística de Rafael Rangel. Que ser rangelianos en ustedes sea una categoría del ser por el saber y por el sentir, pero también por la aplicación intensa de esas dos condiciones a la nueva morfología por la que clama este pueblo en el tiempo y en el espacio de sus muchas necesidades.

Desde esta tribuna del quehacer universitario, estamos dispuestos a impulsar este requerimiento y esperamos que la utilicen como el medio más expedito de plasmar todas las ideas que conlleven a la formación de un nuevo profesional consustanciado con los problemas de su tierra nativa y dispuesto al aporte de ideas y soluciones.

Es un nuevo reto que como universitarios vamos a enfrentar y lo asumiremos con la firme convicción de que al final, el éxito será nuestro.

Pedro Rivera Chávez.